

*Cristianismo y Literatura
Clásica en el siglo XVI:
Cicerón visto por Erasmo¹*

Luis Rojas Donat ()*

PRESENTACION

No he podido persuadirme a mí mismo de que no estoy, como en otras ocasiones, entrometido entre romanistas o helenistas; yo, que por consideraciones de oficio, estoy dedicado a conocer aquella civilización que reemplazó a la romana, cuando la dureza de los tiempos templó al hombre de la Europa occidental, yo, repito, no puedo sacarme de encima la fuerza arrolladora de la cultura romana. Acostumbrado a estudiar y comprender a una sociedad nueva que se forma en las postrimerías del primer milenio, en la mutation del siglo X, como

¹ Para la ejecución de este trabajo tuve a mano, en un comienzo, una traducción parcial del *Ciceronianus* hecha por Lorenzo Riber para la edición *Obras Completas* de la editorial Aguilar, Madrid, 1964. Es evidente que esta versión no ha tenido como objetivo complacer al estudioso, sino al lego, puesto que no sólo es una pequeña parte y además una selección de pasajes, sino que se deslizan ciertas imprecisiones y algunas interpretaciones algo libres. Estas sólo podían ser advertidas por el que contase con otra versión moderna completa, y, sin duda, con el texto latino ante sus ojos, es decir, el especialista. Se ha tenido el original en latín *Desiderii Erasmi Roterodami: Opera Omnia, Lugduni Batavorum, 1704, The Gregg Press Limited, Belgium, 1962, volumen I*, el que se citará en adelante LB y las páginas correspondientes, asumiéndose que se trata del volumen primero. Además, he contado con la traducción francesa completa de Pierre Mesnard, de gran calidad, precisión y fidelidad (*Erasme: La Philosophie chrétienne*, París, 1970, pp. 257-358. Para el contexto he utilizado MARCEL BATAILLON: *Erasmo y el erasmismo*, ed. Crítica, Barcelona, 1978, especialmente pp. 110-138. JEAN DELUMEAU: *La civilisation de la Renaissance*, Arthaud, París, 1967.

Las citas latinas al pie de página, no tienen otro objetivo que presentar el original de tal modo que el lector especialista pueda él mismo hacer la traducción. Sin duda, en la lectura del trabajo puede prescindirse de ellas.

(*) Profesor de Historia Medieval, Moderna e Historia del Derecho en la Universidad del Bío- Bío y la Universidad San Sebastián.

llaman los franceses, el medievalista está en todo momento sintiendo al mundo romano, ya sea con su fuerza espiritual que anima en momentos difíciles, en la norma jurídica atenuada por la contaminación germánica, en algunos sueños imperiales que nunca desaparecieron, en la omnímoda presencia de la lengua latina que impone orden y comunica entre sí a hombres diversos y les recuerda los fundamentos de la cultura. Toda esta herencia sumergida por la marea germánica, comienza a emerger de las profundidades, a ser rescatada del aparente olvido en que cayó durante casi un milenio. Son algunos intelectuales los que sintieron la necesidad de proponer una nueva manera de ver el mundo, que no era sino, al contrario, una fórmula vieja.

Es verdad, no había nada nuevo, ni se rescataba nada, ni nada se había olvidado. Los textos que se rescataron -como se ha machacado con grave ignorancia- estaban; los monjes los copiaban una y otra vez para que no se perdieran. Lo que pasaba es que algunos no se estudiaban, porque para la elite que podía leer en la Edad Media, aparecían peligrosos ante la omnímoda palabra revelada. Pero sobran los ejemplos de teólogos que leían asiduamente a los clásicos. La lengua griega fue un obstáculo para la Edad Media, pocos la conocían y por eso las traducciones latinas no se hicieron presentes sino al final del período, cuando la presión de los turcos sobre el imperio bizantino, provocó la emigración de intelectuales griegos hacia Occidente. Después, situados como estaban, en un clima intelectual muy distinto, los humanistas sintieron el orgulloso menosprecio por la época que les precedió. Era fácil criticar disfrutando de la abundancia, a la Edad Media sumida en una especie de pobreza instrumental. Muy pocos, se dieron cuenta, como se acostumbraba a citar, que eran apenas unos enanos subidos en los hombros de gigantes.

El humanismo no ha sido una escuela de pensamiento, sino más bien una manera de ver las cosas. La Edad Media clásica, aquella del siglo XIII, al haber situado en el centro de las construcciones ideológicas al *homofaber*, ha llegado a ser también humanística. Ni qué decir tiene el individualismo que caracteriza al siglo XIV no es otra cosa que una variante difícil de separar con exactitud de lo que llamamos humanismo. Por esto es que cuesta trabajo, y a veces parece algo ocioso, delimitar lo que la historiografía califica en particular de humanismo. En él se mezclan la búsqueda de un mundo desaparecido, el mundo antiguo, la conciencia de que el hombre está en el centro de la creación, todo ello, en fin, era difícil de definir junto a la convicción generalizada de la tradición cristiana de la obra de Dios.

En otros términos, situaban la concepción del hombre en el centro de la naturaleza, la dignidad del Hombre diría Pico de la Mirándola, por un lado, y por el otro, la indubitable certeza de que el Hombre era criatura de Dios. Los humanistas no contraponían estas dos visiones, porque carecían de lo que les hemos atribuido en los siglos posteriores; carecían de la pretensión puramente humana de creer que es posible explicar al hombre sólo porque está ahí, es decir, una criatura increada, o producto espontáneo del acierto químico en un momento incierto del caos cósmico de los elementos primarios del universo. Esto se le ocurrió

al Hombre después de aquellos siglos. Los humanistas pretendían llegar a Dios por otras vías además, sin excluir ninguna. Es verdad que privilegiaban algunas maneras de encontrar a Dios, especialmente la racional, la inteligencia consciente, la razón que quiere Dios, la vía natural por la que optó Rogerio Bacon e hizo famosos a los intelectuales de Oxford.

Pero, es también verdad que asistimos a un proceso de laicización de la cultura que los propios humanistas no parecen haber percibido plenamente. No se dieron cuenta de lo importante que era el giro espiritual que habían decidido emprender. Creyeron que se trataba de un cambio formal, y en medida mucho menos de lo que hoy nos parece, la sustancia. En efecto, no pretendían oponer una elaboración especulativa a la tradicional vigente, por lo menos no se percibe en ellos la urgencia de plantear una solución a un grave problema, o la necesidad de presentarse ante un enemigo. Habrá que esperar las primeras décadas del siglo XVI para observar en algunos humanistas una posición más enérgica y algo agresiva con el estado de cosas de su tiempo. Esta progresiva agresividad se vio estimulada por el paulatino eco que dichas críticas encontraban en el seno de la sociedad. Pero, aún en momentos en que las actitudes contestatarias progresaban en número y en profundidad, la Iglesia no vio entre los partidarios de los *studia humanitatis* a enemigos peligrosos, porque a decir verdad, los humanistas en general, no se mostraron hostiles al sistema de creencias religiosas. No deseaban renunciar a éstas, ni dejar de ser cristianos. Lo que, al parecer, deseaban era no oír hablar de un modo "bárbaro", ni leer el latín bajo-medieval, salpicado de germanismos. Había surgido un interés por descubrir la lengua clásica en su pureza original, en su sintaxis primigenia, con su multiplicidad de verbos auténticamente latinos. Por eso una de las dimensiones del humanismo renacentista es su variante literaria. A través de este gusto, se quería tomar contacto con aquel mundo que había dado origen a esa lengua, a esos versos, a la prosa sintética y precisa, al humanismo universal que de allí brotaba.

Valga esta introducción, algo menos breve de lo que esperaba, para justificar mi ponencia. Los especialistas en el mundo clásico, no necesitan de este prefacio justificatorio; pero un medievalista del tardo-medievo se ve obligado, siempre, a luchar contra los prejuicios, contra los mitos y las imágenes estereotipadas, se ve obligado a explicar la rudeza y la barbarie de la que ha nacido el Occidente. En cambio, el mundo antiguo no necesita de presentaciones ni aclaraciones previas, brilla siempre y acostumbra, por lo mismo, a deslumbrar a quien desea conocerlo. Cualquier auditorio en Occidente está preparado para valorar una visión del mundo clásico; romanistas y helenistas tienen de algún modo garantizado el aplauso espontáneo. Los medievalistas no tenemos esa fortuna, ni por los temas, siempre polémicos casi todos, contaminados con visiones ideológicas, fuentes amañadas, leyendas rosa y negra, mundo contradictorio, discusiones eternas por el uso de nomenclaturas imprecisas, variedad de mundos emergentes, etc. No saben los historiadores de la antigüedad de la que se han librado.

Deseo, pues, presentar la polémica suscitada a comienzos del siglo XVI, respecto de aquellos humanistas que ansiaban y se esforzaban por imitar a Cicerón en sus escritos. Es lo que se llama el *ciceronismo*, que voy a seguirlo a la grupa de Erasmo.

El tema no es tan sólo el estilo de Cicerón y la pertinencia de imitarlo, sino que en este intento se pueda llegar a perder las convicciones religiosas por ello, según opinaba el afable sabio de Rotterdam, maestro elocuente y estilista de talento, Erasmo, que ha quedado como el símbolo del humanismo. De su lectura, siempre apasionante, he detenido mi caminar en una pequeña obrita llamada *Ciceronianus* y me ha parecido oportuno compartirla con los especialistas en estas *Jornadas de Estudios de Historia Clásica*, dedicadas en esta ocasión a las fuentes.

Ciceronianus es un opúsculo ágil, de gran riqueza de conocimientos y elocuente. Está escrita con sabrosa amenidad a modo de conversación, para *ahorrar a los lectores algún cansancio* -dice Erasmo- *y porque el asunto gane más fácilmente el interés de los jóvenes lectores*². En el diálogo participan tres personajes: *Buléforo*, que representa las opiniones de Erasmo, *Hipólogo*, el interrogador interesado, y *Nosópono*, el celoso ciceroniano. La obra tiene evidentemente su contexto histórico, en el que debe situarse. Erasmo la ha escrito para poner en el tapete de la discusión, no el problema de apreciar a Cicerón, ni de solazarse con su latín terso y conciso, sino que el excesivo celo por imitar a Cicerón, pensar como él, hablar como él, vivir como estimaba él, puede llevar al absurdo de expresar el cristianismo dentro de un envoltorio lingüístico tan rígidamente clásico, como si de pronto la Roma del siglo I volviera a vivir gobernada por el Pontífice, a modo de Júpiter Máximo. Lo pertinente aquí es percibir no sólo hasta qué punto Cicerón constituía un modelo ideológico, humanístico, sino que, especialmente, un modelo de expresión para ciertos humanistas romanos, que no admitían otro latín que el del mismo Marco Tulio. Denominábanse a sí mismos *ciceronianos*, y de allí el título de la obra que examino, que Erasmo ha escrito, según explica a Juan Ulateno, a quien va dedicada, para demostrar cómo sería posible reproducir el Cicerón auténtico y conjugar la soberana elocuencia de este gran hombre con la piedad cristiana³.

I

Buléforo e Hipólogo se impresionan de ver a Nosópono caminando cerca de ellos con un semblante más parecido a un espectro que a un hombre (*larvae similior videtur homini*). Le recordaban como el más gracioso, rubicundo, siempre encantador y lleno de gracia; pero ahora lucía enfermo, afectado por un mal

² *argumentum hoc Dialogus tractavimus, quo simul et minus esset taedü lectoribus, et resfacilius illaberetur in affectus iuvenum* (LB, 972).

³ *ut vere Ciceronem exprimamus, et summam illius viri facundiam cum Christiana pietate copulemus* (LB, 972).

particularmente grave, que atacaba más el interior que la apariencia (*interius malum est quam in cute*), una extraña enfermedad no conocida, difícil de definir y más aún de curar: es una fiebre y no es; es cierta cosa que quema más profundamente que una fiebre extendida en las venas y el corazón, atacando la intimidad del alma que se encuentra en el cerebro... se trata de una dolencia nueva, asegura Buléforo⁴.

Es una enfermedad que no parece tener nombre en latín, pero que los griegos llaman *zeloduléan*, y que Pierre Mesnard tradujo por "esclavitud de la imitación" (*l'esclavage de Vimitatori*), o bien podría decirse "el celo por imitar"⁵. Es una especie o género de demencia (*dementiae genus*) que no suprime toda la conciencia y no afecta sólo a una parte del espíritu, sino profundamente a todo él. Según Erasmo, los síntomas que presenta este *morbis*, revelan hasta qué punto llegaba la vanagloria de algunos intelectuales, que creían ver cuernos de toro en su cabeza o se sentían portadores de una gran nariz, otros creyéndose muertos se horrorizaban de los vivos.

No obstante, no estaban dispuestos a sanarse de esta enfermedad, aunque les ofrecieran los remedios a través de hierbas, piedras preciosas o encantamientos. No hay otro camino para quien desea ardientemente llegar a ser un ciceroniano: Nosópono prefiere matarse antes que sanarse (*isthuc esset occidere, non mederi*).

Difícil encontrar una forma o método de sanación, cuando toda la ambición está puesta en llegar a ser un ciceroniano, ya que, de lo contrario, la vida parecía insípida. Para iniciar un posible tratamiento no había otra manera más efectiva que simular la enfermedad en uno mismo, porque a decir verdad, no existía remedio humano para este curioso mal, respecto del cual lo médicos no tienen palabra (*malum inmedicabile*), aseguraba Nosópono. La esperanza puesta en la intervención de los dioses parecía ser la única salida (*numinis opus est ope*).

He aquí, pues, el contenido de la enfermedad; Nosópono se confiesa:

*No nos está permitido de emplear ninguna de sus formas si ella no ha sido tomada de Cicerón. No es gran cosa discurrir conforme a la gramática, pero es una cosa divina hablar como Cicerón... toda la elocuencia que no sea ciceroniana me disgusta. Esta es aquella ninfa por la que yo me derrito de amor*⁶.

⁴ *Febris et, et non febris, interius quiddam adurens quam si febris in venis aut corde graffetur, ab intimis animi penetrabilibus quae in cerebro sunt proficens... novum mali genu est, (LB, 973).*

⁵ LB, 973. P. MESNARD: *La Philosophie...* p. 263.

⁶ *Quum nobis fas non sit, quicquam horum usurpare quod a Cicerone non fuerit usurpatum. Non magnum est grammaticae dicere, sed divinum est Tulliane loqui... mihi putet omnis eloquentiae, praeter ciceronianam. Haec est illa nympa, cujus amore collisqueo (LB, 975).*

No había mayor calificativo en el mundo que ser llamado ciceroniano; muchos aspiraban y se esforzaban, pero eran francamente muy pocos los candidatos al cetro. Por el ambiente y la proximidad de la lengua, los más cercanos al galardón estaban en Italia, pero fuera de ella sólo lo había conseguido Christopher de Longueil. Cuán desorbitada estaba esta aspiración, lo revela la perspicacia de Erasmo de poner en boca del ciceroniano esta pregunta sorprendente: *¿Quién no preferiría, en las generaciones futuras, asegurarse la gloria de ser un ciceroniano antes que un santo?*⁷. Con esta flamante pregunta, que es en el fondo una afirmación rotunda, colocaba a todos los imitadores al borde de la herejía, especialmente en una época en que las cuestiones religiosas eran la sal de la política. El peligro comienza a hacerse visible en esta disyuntiva de apariencia puramente literaria, pero que no lo es; ¿el deseo de reconocer en Cicerón el latín más perfeccionado, llevará implícita una suerte de descristianización?

Ciertamente, el riesgo advertido se desprendía del método que, según Buléforo, tenían los aspirantes a la elocuencia ciceroniana; envuelto en este deseo fervorosamente sentido, Nosópono se entrenaba desde hacía siete años no cogiendo otro libro que no fuera ciceroniano, con una devoción tan intensa como la que se imponían los cartujos de toda carne⁸. Ponía a Cicerón en un retrato con piedras preciosas en todas las puertas de su casa, y hasta en el sueño no había otra imagen que traspasase el espíritu que la de Cicerón. Por eso es que de tanto mirar, revisar y revisar, Nosópono era capaz de recitarlo de memoria casi íntegramente (*ut totum propemodum edidicerim*).

Ocupando necesariamente noches completas para estudiar, *cuando todo reposa en una calma absoluta y en el más grande silencio*⁹, la aspiración era de tal envergadura y tomaba tal cantidad de tiempo, que se hacía incompatible con la vida matrimonial, que no puede evitarse que lleve consigo tantas preocupaciones con la esposa y los hijos¹⁰. Nosópono había tomado esta decisión apoyado en la convicción de que se trataba de una razón más importante que los cargos públicos o las dignidades eclesiásticas, ocupaciones cargadas de obligaciones. Prefería ser catalogado de ciceroniano que detentar el poder, aunque fuera la silla apostólica. En efecto, las sesiones ciceronianas se preparaban antes de la cena, ya que para evitar que la serenidad del alma se perdiera, se debía comer muy liviano, especialmente sin grasas, de tal manera que ningún vapor venido del estómago, pudiera generar pereza: diez granos de uvas secas, no constituyen bebida ni comida

⁷ *Qui enim non malit apud postreros celebrari Ciceronianus quam sanctus?* (LB, 974).

⁸ *Pierre Mesnard, que falleció sin haber podido revisar esa buena traducción, incurre en un error al traducir Carthusiani por Cathares, cuando debió ser Chartreux, es decir, Cartujos. Vid P. MESNARD: La Philosophie..., p. 267; LB, 974.*

¹⁰ *vitari nequit, quin uxor, liberi, multam curarum materiam secum trahant* (LB, 978).

-dice-, pero permiten salivar con agrado, manteniendo la inteligencia y la memoria¹¹. Las noches debían ser escogidas rigurosamente mediante un calendario astral para que, en efecto, fueran propicias al trabajo divino que se requería¹².

Erasmus discurre en esta parte con cautela, puesto que él también dedicaba parte de las noches a la meditación y la escritura. Pero, a diferencia del ciceroniano, afectado por esta enfermedad tan peculiar, Erasmo no le dedicaba la noche a Cicerón exclusivamente, ni empleaba tales cuidados y desvelos para tener todas las condiciones que se exigían devotamente los correligionarios de Nosópono. Después de la aparente admiración que revela Erasmo, surge, de modo casi sibilino, otro de los meollos del diálogo que analizo:

*¡Dioses inmortales, si es necesario todo esto para escribir, no me sorprende, Hipólogo, que nuestras obras pasen por bárbaras y groseras! Pero, en esta forma de composición ¿qué se piensa que va primero, la materia o acaso la expresión?*¹³

Ambas cosas le son importantes a todo ciceroniano, porque en este afán obsesivo por llegar a ser casi el mismísimo Cicerón, los cuidados puestos en la forma de escribir, resultan muy importantes a la hora de parecerse. Así, por ejemplo, al escribirle a un amigo para que le devuelva unos libros que le ha prestado, necesita seis noches en buscar las palabras adecuadas, bien ornamentadas, consultar un index, revisar el ritmo, los giros, trasladar frases. Después hay que ver los tiempos, las cadencias, la composición; luego, dejar unos días para volver a examinar y corregir. Quizá demore diez días en esa carta de contenido tan fútil, mientras el destinatario seguirá disfrutando de los libros que ahora le son necesarios. No obstante este inconveniente, no se podía permitir la licencia de escribir ninguna palabra no ciceroniana.

Así comienza este pequeño tratadito, de lectura fresca y alegre, de profundo sentido mordaz, abordando de modo jocoso una materia compleja y peligrosa. Parece, a primera vista, un problema que ha de circunscribirse al ámbito puramente literario, una discusión erudita sólo para iniciados. Pero el asunto, ya a poco andar, se advierte resbaladizo, y Erasmo lo ha llevado al plano peligroso de la religión, porque, al fin de cuentas, este es el punto esencial: ¿será capaz un ciceroniano de mantener intacto su cristianismo? Viviendo en una época en que las críticas a la religión cristiana y a la Iglesia crecían en número y en profundidad, he aquí que se abre un flanco riesgoso.

¹¹ *Summo decem acinos uvae passae minutulae... hic neque cibus est, neque potus et tamen utrumque est... leniter humectant, conferuntque cerebro ac memoriae* (LB, 978).

¹² *Todo esto se encuentra extensa e irónicamente descrito en LB, 977-8*

¹³ *Deum immortalem, isthuc est scribe re nec iam miror Hipologe, si nostra sunt incondita rudiaque. Verum ad istum composito modum, utra cogitatio prior, de rebus, an de verbis?* (LB, 978).

II

¡No faltes! ahora tendrás la suerte de escuchar cómo suena la lengua romana en boca romana (LB, 993). Así fue animado Buléforo a oír la prédica en Viernes Santo (6 de abril de 1509) sobre la muerte y pasión de Cristo, que iba a pronunciar un ciceroniano en presencia del Pontífice Julio II. El predicador aspiraba a la láurea de la elocuencia ciceroniana (*ciceronanae facundiae candidatus*), como también lo deseaba el interlocutor Nosópono. El proemio y la peroración, casi tan largos como todo el discurso, se gastaron en pregonar las glorias de Julio II, a quien llamaba Júpiter Optimo Máximo, que en su diestra todopoderosa tenía y blandía el trisulco e inevitable rayo y que con sólo una inclinación de su cabeza hacía todo lo que le venía en gana. Afirmaba que todas las gestas militares realizadas algunos años antes en las Galias, en la Germania, en las Españas, en Lusitania, en África, en Grecia eran únicamente obras del soberano Pontífice (LB, 993).

Y estando en esta perorata, Buléforo se cuestionaba si algo venía al caso presentar todo esto a Julio II, y si los cardenales les interesarían estas ideas tan frías y fuera de propósito para un Viernes Santo. El fin del orador era conmover el ánimo de los oyentes mediante la elocuencia en torno a la luctuosa muerte de Cristo, y luego hacerla gloriosa y triunfal:

A mí, cada vez que el orador hacía alusión a esos sentimientos trágicos, que los griegos llaman patéticos, yo estaba tentado en reír. Y no vi, en toda aquella asamblea, a nadie manifestar el más mínimo signo de tristeza, cuando con toda la fuerza de su elocuencia, exageraba los inmerecidos tormentos de Cristo inocentísimo. Tampoco vi a nadie con la más liviana expresión de contento cuando intentaba con todas sus fuerzas presentar su muerte plausible, triunfal y gloriosa. Evocaba el ejemplo de Decio y el de Q. Curtio, quienes por la salvación de la república, votáronse a sí mismos a los dioses manes. En el mismo conjuro incluía a Cécrope, a Menecio, a Ifigenia y algunos otros, para quienes la salud y la dignidad de la patria fueron más extrañables que la propia vida¹⁴.

¹⁴ *Mihi, quum maxime tractaret affectus illos tragicos, quos Rethores appellant (Pathé), ne quid fingam, ridere libebat. Nec quemquam in toto illo consessu vidi pilo tristiore, quum totis eloquentiae viribus exaggeraret indignos innocentissimi Christi cruciatus. Rursum nec tantulo hilariorem quemquam, quum totus in hoc esset, ut mortem illam redderet nobis triumphalem, plausibilem et gloriosam. Commemorabat Decios et Q. Curtium, qui se pro salute Reipublicae Diis Manibus devovissent. Item Cecropem, Menoeceum, Iphigeniam, et alios aliquot, quibus patriae salus ac dignitas, ipsa vita fuisset carior* (LB, 993).

Los recursos oratorios iban tomando cuerpo y estilo clásico, ayudados por la energía de ánimo del predicador y el entorno solemnísimo de toda la Curia.

Así nos representaba -continúa Buléforo- a este hombre inocente y justo, que había recibido tan bien el favor de su pueblo, como merecedor de lástima, como si deplorara la muerte de Sócrates o de Foción, condenados a beber la cicuta por la ingratitud de sus ciudadanos, aunque no habían cometido ningún crimen... o de Escipión, que tras tan brillantes merecimientos tuvo que marchar al destierro¹⁵.

Entonces, Buléforo se pregunta sorprendido si alguna vez habrá escuchado este pasaje del Evangelio expresado de un modo tan frío y despreocupado de su mensaje fundamental. El tema sagrado no era más que un instrumento para exhibir la elegancia de la lengua romana, al mejor estilo ciceroniano, elocuente y distinguido, porque al fin de cuentas, no buscaba otro fin sino intentar imitar a Cicerón con todas sus fuerzas (*et tamen Ciceronem pro viribus aemulatus est*).

Aparte de la jaculatoria, el elocuente predicador no había hecho ni la más leve alusión al secreto consejo de la Divinidad, que con este suceso quiso redimir al linaje humano de la tiranía del Diabolo mediante la muerte de su unigénito hijo¹⁶.

Buléforo reacciona afirmando que si se desea enaltecer a Cristo, tanto como el episodio trágicamente salvífico de la Pasión, debería prestarse más atención al apóstol Pablo que al pagano Cicerón:

Tan romanamente habló aquel romano, que no le oí palabra de la muerte de Cristo. Y con todo, aquel ambiciosísimo candidato de la dicción ciceroniana, que a los ciceronianos presentes al venerando oficio litúrgico se les antojó haber escuchado un sermón maravilloso, cuando casi nada había dicho de la angustia y lóbrega solemnidad del día, que, al parecer, ni entendía, ni sintió, ni dijo cosa pertinente, ni tocó ningún resorte sensible del corazón¹⁷.

¹⁵ *Atque ita nobis bonum illum et innocentem virum, deque gente sua optime meritum reddebat miserandum, quasi Socratis aut Phocionis mortem deplorasset; qui quum nihil admisissent sceleris, civium suorum ingratitudine coacti sunt cicutam bibere... aut Scipionis, qui post tot in Reipublicam merita exulatum abiit (LB, 993).*

¹⁶ *Caeterum de arcano supremi Numinis consilio, quod hac inaudita ratione voluit genus humanum a Diaboli tyrannide redimere per mortem unici filii... nulla mentio (LB, 993).*

¹⁷ *Tam romane dixit romanus ille, ut nihil audirem de morte Christi. Et tamen ille Ciceronianae dictionis ambitiosissimus candidatus, Ciceronianis videbatur mirifice dixisse; quum de re pene nihil diceret, quam nec intelligere, nec amare videbatur, neque quicquam apposite dicebat, nec ullos moverat affectus (LB, 994).*

Finalmente, llegaba a la conclusión que la concurrencia a tan importante ceremonia eclesiástica había quedado fascinada de tan excelso sermón, cuyo mérito consistió en haber hablado con acento romano y de haber recogido algo de Cicerón¹⁸.

III

No eran pocos los que se contaban entre los partidarios de poner como modelo a imitar en el buen hablar a Cicerón, y eran, además, eruditos. Con todo, no impedía que Erasmo les considerara *simios*, ya que no contentos con mancillar los estudios y las costumbres de los adolescentes, atentaban también contra la reputación de Cicerón, haciendo valer bajo la cobertura de su nombre, que no se podía ser menos ciceroniano que ellos. La gravedad del desvarío radicaba, según Erasmo, en que para *estos simios de Cicerón*, no eran suficientes la brillantez y claridad de su estilo, su elegancia, su discurso lógico para llegar a ser un ciceroniano, sino que eran necesarias todas las facetas del lenguaje de Marco Tulio¹⁹.

Esta cofradía de ciceronianos despreciaba a aquellos que durante los siglos anteriores habían escrito en latín sus tratados teológicos. Lo habían hecho, claro está, en un latín medieval, un latín muy evolucionado, transformado en su estructura como en las palabras mismas, muchas de ellas germanas latinizadas. Caían en este desprecio la barbarie de Santo Tomás de Aquino, del Doctor sutil Duns Scoto, de Durando y otros autores semejantes²⁰. Pero éstos habían sido auténticos ya que no se propusieron ser elocuentes ni ciceronianos, pero con todo, su resultado los acercó a Cicerón más que estos otros, que presumían no ya por ciceronianos, sino cicerones ellos mismos²¹.

Viendo la tendencia que se admiraba en Italia, y juzgándola inadecuada e infecunda, Erasmo ofrece su opinión sobre el punto para no aparecer puramente crítico y sin ideas propias. Se sumerge en esta pasión para definirla en sus propósitos. La mejor manera de aproximarse a Cicerón es hablar bien en cualquier

¹⁸ *Tantum hoc laudis ferebat, quod Romane pronunciasset, et aliquid Ciceronis retulisset* (LB, 994).

¹⁹ *Isti simii non solum officiunt adolescentiae studiis ac moribus, verumetiam ipsum Ciceronis nomen obscurant, cuius cognomine sese venditant, quum nihil sint minus, quam Ciceroniani* (LB, 994). En otro pasaje señala: *Fateor in M. Tulio quaedam esse generalia, quae possunt ad quodvis argumentum transferri, veluti candorem, perspicuitatem, sermonis elegantiam, ordinem, et si qua sunt huius generis: at hoc istis Tulli simiis non est satis, totam dictionis faciem exigunt* (LB, 1000).

²⁰ *Mirum quo supercilio Thomae, Scoti, Durandi similiumque barbariem exsecrentur* (LB, 994).

²¹ *...illi quum se nec eloquentes, nec Ciceronianos iactitent, magis Ciceroniani sunt, quam isti qui postulam haberi non iam Ciceroniani, sed ipsi Cicerones* (LB, 994).

asunto; y esto se logra cumpliendo tres condiciones: 1, conociendo a fondo la materia que se ha de tratar; 2, que el razonamiento se haga al dictado del corazón y del afecto, que son los principios que nos enseñan Horacio y Quintiliano y otros autores más, asiente Nosópono; y 3, hablando con claridad, abundancia, fuerza y de acuerdo con la naturaleza del asunto, como también las condiciones del tiempo y las personas²².

¿Cuál será, pues, al fin de cuentas el principio de la elocuencia ciceroniana? Erasmo esboza una amplia definición:

Es un espíritu ampliamente provisto de conocimientos diversos, especialmente en las materias que se desea tratar, un espíritu enterado de las reglas de este arte y suficientemente entrenado tanto en los ejercicios de redacción y elocuencia como en la meditación prolongada: en fin, la fuente principal de toda esta empresa, es un corazón amante de todo aquello recomendable y que vituperare todo lo reprehensible. A estas condiciones esenciales hay que agregar juicio, prudencia y reflexión natural que no se encuentran en los preceptos²³.

Lo que reprocha Buléforo es que los ciceronianos deberían comprender los misterios de la religión cristiana y manejar los libros sagrados con la misma diligencia que Cicerón puso en el estudio de los filósofos, poetas, jurisperitos, augures e historiadores. De este modo, Cicerón fue Cicerón. ¿Nosotros, acaso, siendo cristianos no deberíamos hablar para cristianos, del mismo modo como el pagano Cicerón hablaba para paganos? El hecho de considerar como grosero y reprehensible todo lo que no se atiene al lenguaje de Cicerón, no es más que un sueño pernicioso y engañoso para nuestros espíritus²⁴.

No hay que tomarse tan obcecadamente a Cicerón, retoma la carga Buléforo, ni pensar que es poco latina o bastarda la voz que no se encuentra en Cicerón. Todas las obras de éste no han llegado hasta nosotros íntegramente, y no trató

²² *ad bene dicendum duae potissimum res conducunt, ut penitus cognitum habeas, de quo dicendum est: deinde ut pectus et affectus suppeditet orationem... ista quidem docent Horatius et Fabius, et alioque citra autorem verissima sunt* (LB, 994). El otro pasaje es. *qui dilucide, copiose, vehementer et apposite dicat pro rei natura, proque temporum ac personarum conditione* (LB, 1001).

²³ *Pectus opulenter instructum varia omnium cognitione, presertim earum, de quibus instituerit dicere; pectus artis praeceptionibus, tam multo scriberi dicendique usu, diutina meditatione praeparatum: et quod est totius negotii caput, pectus amans ea quae praedicet, odio prosequens ea quae vituperat. His omnibus coniunctum oportet esse naturae iudicium, prudentiam et consilium, quae praeceptis contineri non possunt* (LB, 1002).

²⁴ *an his de rebus Christiani apud Christianos eodem modo dicemus, quo Cicero Ethicus loquebatur apud Ethnicos?* (LB, 995)... *Quod autem nobis sordidum et soloecum videtur, quicquid a Cicerone dissonat, perniciosum ac mendax animi nostri somnium est* (LB, 1001-2).

de todas las materias. Pero, aunque las hubiese tratado todas, aquellas fueron las de su tiempo y no las nuestras, que no tocó ni conoció. Por ejemplo, si hubiese que tratar acerca del matrimonio, Marco Tulio no ha dejado folio alguno, y no por ello, no se podrá espigar en Aristóteles, Jenofonte, Plutarco, la Biblia, Tertuliano, San Jerónimo. Erasmo no desapueba la imitación, pero ésta debe ajustarse a la naturaleza y no violentarla; el roterodamo está por aquella que procede de un modelo que conviene al genio de cada uno, y no exclusivamente de uno, sino que busca en todos los autores, o al menos en los principales, lo que haya de óptimo en cada uno de ellos, y se adapte mejor al carácter del imitador.

Nosópono aparece asintiendo casi sin hablar, como si los argumentos le enmudecieran. Y entonces, Erasmo-Buléforo, a sabiendas de todos los contra-argumentos, no da respiro y continúa señalando que se le reprocha al latín medieval el haber introducido numerosos neologismos que han alterado el prístino lenguaje latino, como las incrustaciones hebraicas y mucho más las griegas, que los primeros padres de la Iglesia tomaron para disertar con mayor holgura y comodidad sobre los sublimes misterios de la Teología, a saber, hosanna, amén, iglesia, apóstol, católico, herético, cisma, crisma, dogma, Cristo, catecúmeno, exorcismo, eucaristía, símbolo, anatema, etc.²⁵.

El propio Cicerón -dice Erasmo- fue osado al formar palabras vírgenes que jamás habían herido oídos latinos o torcelas a otra significación semántica que el pueblo romano desconocía...²⁶.

No se les podía reprochar a los hombres de la Edad Media lo que el propio Cicerón había hecho con el latín. De un modo culto y erudito, mejoró la lengua latina para que se adoptara a las nuevas circunstancias. Ello llevaba implícita una evolución que la desnaturalizaba de su primitiva rusticidad. El latín medieval era un latín al servicio de la religión, y por ello necesitaba de una nomenclatura nueva que se adaptara a los temas dogmáticos del cristianismo, especialmente en la vertiente canónica: *no existe ningún arte humano al que no le concedamos el derecho a usar su propio vocabulario*²⁷.

Esto era peligroso para Erasmo que veía una suerte de paganización de la

²⁵ Sólo a modo de ejemplo, Nosópono hace una fuerte crítica al lenguaje de San Bernardo, el Beda, Remigio, Anselmo e Isidoro, todos autores cristiano-medievales: dice que son unos mutiladores de palabras (*Kolosotas*, esto es, *qui decurtat syllabas*); cuando emplean su propia lengua, apenas puede hablarse de idioma. Con ellos la elocuencia cayó enferma (*quum aliena lingua loquantur, deteriora faciunt quae referunt: dum sua promunt, vix loquantur. In his aegrotabat eloquentia*, (LB, 1008) Ni pensar en los teólogos escolásticos, que nada tienen de elocuentes (... *a quibus frustra requiras ullam eloquentiam, nedum Ciceronianam*, (LB, 1008).

²⁶ *Si barbarum habetur, quicquid est novum et recens natum, nulla vox non fuit aliquando barbara. Quam multa reperies apud Ciceronem nova?... aliae voces innumerae, quas aut prius Latinis inauditas ausus est fingere, aut in eam significationem detorsit, quam Populus romanus non agnoscebat?* (LB, 996).

²⁷ *nulla est ars humana, cui non concedimus ius utendi suis vocabulis* (LB, 996).

cultura. Nosotros diríamos hoy una secularización introducida inocentemente por la vía de la literatura ciceroniana. Se agravaba con el carácter excluyente del modelo a imitar: ¡*Qué plaga tan grande para los estudios si se generaliza la persuasión de que nadie, sino sólo Marco Tulio debe ser leído o imitado!*; el peligro es que *de cristianos nos volvamos paganos*²⁸. En efecto, con especial habilidad comienza Erasmo a poner en situación incómoda al ciceroniano Nosópono, arrinconándolo con la religión, poniendo a prueba sus convicciones y su fidelidad a la Iglesia. En ese siglo, el más intolerante de la historia de Occidente, toda disputa intelectual transitaba por el peligroso campo religioso. Las cuestiones doctrinales eran la política misma. Por eso Erasmo se pregunta qué hará un ciceroniano cuando se encuentre con palabras como Jesús Cristo (*Iesu Christi*), Verbo de Dios (*verbum Dei*), Evangelio (*evangelium*) profeta (*prophetam*), Salmos (*Psalms*), Iglesia (*Ecclesiam*), hereje (*Heresim*), Bautismo (*Baptismam*) y tantas otras. Todas ellas, quiéralo o no, vendrán a salir al paso en cualquier cosa que quisiese decirse, luego no pueden evitarse (*Haec nusquam non sunt obvia, quacunq[ue] de re tentas dicere, ingerunt sese vel nolenti*, LB, 995). ¿Acaso el Ciceroniano habrá de desecharlas todas por considerarlas bastardas? ¿Qué cantidad de palabras desaparecerían?

La pregunta de fondo es, a todas luces, comprometedora, diríamos, con olor a Inquisición: ¿Qué hará, pues, el candidato al estilo ciceroniano? ¿Se callará o preferirá cambiar de esta manera las palabras adoptadas por los cristianos? ¿El escrupuloso ciceroniano optará por la vía pagana y se hará ciceroniano perdiéndose como cristiano, esto es, transformarse en un hereje? o ¿tomará el sendero cristiano renunciando a los dictados de su pecho? ²⁹.

Y entonces, Erasmo vuelve a hacer gala de su humor sutil; expone una solución absurda desde el punto de vista lingüístico y francamente herética, consistente en cambiar las palabras; he aquí una parte de la larga lista:

Padre de Cristo por *Optimo Máximo*

Hijo por *Apolino*

Virgen reina por *Diana*

Iglesia por *Ciudad o República*

Cisma por *Sedición*

Fe cristiana por *Persuasión*

Apóstoles por *Legados*

y muchas otras cuán comprometedoras cada una de ellas.

Todavía más, Nosópono es sometido a escuchar una oración cristiana dicha con vocabulario ciceroniano, que le resulta incomprensible causándole hilaridad. Le reprocha a Buléforo de estar jugando, a lo cual responde éste, contrario, en esto

²⁸ *Quanta vero studiorum perniciēs, si persuasum fuerit neminem unum M. Tullium, vel legendum esse, vel imitandum?... pro Christianis reddamur Pagani* (LB, 992).

²⁹ *Quid hic faciet ciceronianae phraseos candidatus? Utrumne tacebit, an ad hunc modum immutabit recepta christianis vocabula?* (LB, 995).

consistía el meollo de toda la discusión. En otros términos, lo que urge es que las *buenas letras* -escribe Erasmo a Juan Ulateno en el prólogo a él dedicado - *proclamen la gloria de Cristo, Señor y Dios nuestro, con aquella abundancia, esplendor y pureza que Marco Tulio aportó a los asuntos profanos*³⁰.

IV

Ningún autor de la antigüedad ni actual puede reflejar a Cicerón como el mismo Cicerón. Por eso, pregunta Buléforo a Nosópono "¿Qué auténtico ciceroniano me citarás como no sea el mismo Cicerón? (*quem mihi dabis Ciceronianum, praeter unum Ciceronem?*). Tratando de responder a esta pregunta, repasan ambos a los autores antiguos (LB, pp. 1005-6), cristianos y semi-cristianos (LB, pp. 1006-7), no reconociendo en ellos a Marco Tulio. En los intelectuales de su tiempo, Nosópono no ha encontrado a nadie que pueda copiar verdaderamente el estilo de Marco Tulio, ya sea porque aunque se aproxime bastante por la facilidad y por la claridad de su elocuencia, pero carece de vigor y otras virtudes (Leonardo Aretino)³¹; porque es precisamente extraño allí donde le importaba asemejarse (Francisco Filelfo)³², porque se acercaba más a la fineza de quintiliano que a la facilidad natural de Cicerón (Lorenzo Valla)³³; porque su dicción se desvió al concentrar su preocupación en estudios lingüísticos como filosóficos y teológicos (Juan Pico de la Mirándola)³⁴; porque aunque era un raro milagro de la naturaleza estaba muy lejos de fijar su modelo en Cicerón (Angel Poliziano)³⁵; porque conviniéndole acrecentar sus caudales y dedicarse a la política, descuidó el estilo (Paulo Bombasio)³⁶; porque era un varón pío y docto, pero le contaminó

³⁰ *ut bonae literae, Christi Domini Deique nostri gloriam, ea sermonis copia, splendore nitoreque praedict, quae M. Tullius de rebus profanis dicere solitus est* (LB, 972).

³¹ *Facilitate dictionis ac perspicuitate satis accedit ad Ciceronem, sed nervis atque virtutibus aliquot destituitur* (LB, 1009).

³² *Nec usquam illi dissimilior est, quam ubi maxime oportuit esse similem* (LB, 1008).

³³ *Is propius accedit ad curam ac subtilitatem Quintiliani, quam illaboratam Ciceronis facilitatem, quanquam caeteris elimatior puriorque* (LB, 1009).

³⁴ *... sed huius quoque dictionem nonnihil vitavit linguarum ac Philosophiae atque etiam Theologiae cura* (LB, 1009).

³⁵ *Fateor Angelum prorsus Angelica fuisse mente, rarum naturae miraculum, ad quodcumque scripti genus applicaret animum, sed nihil ad phrasim Ciceronis, diversis virtutibus suspiciendus est* (LB, 1009).

³⁶ *ad Reipublicae negotia sese contulit: tandem accitus Romam, augere rem maluit quam literis insensescere* (LB, 1010-11).

³⁷ *Vir pius et doctus, sed qui Theologicis dicere maluerit, quam Tullianis* (LB, 1011).

la escolástica (Lefevre d'Étaples)³⁷; porque no tiene constancia y es más feliz hablando que escribiendo (Nicolás Beraldo)³⁸; porque con excelentes aptitudes se ha ido perdiendo en los negocios temporales, embajadas y cortes (Claudio Canciuncula)³⁹; lo mismo para Cornelio Escépero y Tomás Moro; quizá con el tiempo Juan Luis Vives llegue a contarse como uno más de la cofradía⁴⁰.

Ni el mismo Erasmo se libra, él, a sabiendas que Europa admiraba su elegante latín y su erudición, no se hace incorporar entre los ciceronianos, pues Nosópono no lo incluye entre los escritores, luego, menos entre los ciceronianos. La opinión del ciceroniano es durísima: quizá pudiera considerarse *polígrafo* (usado aquí con abierto sentido peyorativo) *si se considera a aquel que ennegrece muchos papeles con tinta. Pero una cosa es escribir, en el sentido que lo estamos tratando, y otra es pertenecer a la categoría de los escritores. Por otra parte, habría que considerar escritores a aquellos que lucran con su pluma copiando libros, los que los eruditos prefieren llamar amanuenses*⁴¹. Pero, ni siquiera entre los polígrafos, porque dice *empuja y lo precipita todo; no pare sino que aborta*, de vez en cuando escribe un volumen y no tiene la autodisciplina de releer lo que escribió. Por último, su estilo está salpicado de teologismos y de *palabras vacunas*⁴². Estas últimas palabras resultan de una traducción aproximada para una expresión intraducible; Erasmo es aquí extremadamente mordaz, al usar la palabra *fordidis*, que proviene de *farda*, que es la vaca preñada; de tal manera que su lenguaje estaba contaminado de *rugidos vacunos*.

A decir verdad, Nosópono consideraba talentosos a muchos intelectuales y reconocía estilismo elegante en varios de los arriba citados, pero ser ciceroniano era cosa divina (*divinum quiddam est esse ciceronianum*).

A tal extremo llega la sátira erasmiana, que cuando Buléforo decide repasar autores alemanes que pudieran incluirse en la cofradía ciceroniana, presenta a Conrado Goclenio. Nosópono no lo incluye porque prefirió engordar que ser polígrafo (*verum mavult obesulus esse quam polygraphus*), coincidiendo con la opinión de Hipólogo, el tercer personaje del diálogo, que afirmaba que Conrado,

³⁸ *dicendo quam scripto felidor... est magni laboris fugitantiore* (LB, 1011).

³⁹ *jampridem in Principum legationibus fabulam agit motoriam, quum hoc negocium altissimam quietem desideret* (LB, 1012).

⁴⁰ *si nec vita, nec Studium destituent, bona spes est fore, ut inter Ciceronianos nune retur* (LB, 1013).

⁴¹ *Istum vero ne inter scriptores quidem pono, tantum abest ut Ciceronianis annumerem... si poligrafos est, qui multum chartarum oblinat atramento. Alia res est scribere de quo nos agimus, et aliud scriptorum genus. Alioqui qui manu describendis libris quaestum faciunt, scriptores dicentur, quum hos eruditi malint librariorum dicere* (LB, 1013).

⁴² *abjicit ac praecipit omnia, nec parit, sed abortit, interdum justum volumen scribit stans pede in uno, nec unquam potest imperare animo suo, ut vel semel relegat quod scripsit, nec aliud quam scribit, quum post diutinam lectionem demum ad calamum sit veniendum, idque raro. Quid quod ne affectat quidem Tulliano more dicere, non abstinens a vocibus Theologicis, interim ne a fordidis quidem?* (LB, 1013).

con su cuello bellamente obeso y tan corto como que su mentón casi le tocaba el pecho, era notablemente desemejante a Cicerón, porque éste habría tenido el cuello largo y delgado⁴³.

Los únicos autores que en esa época merecen el calificativo de ciceronianos, según confiesa Erasmo en una carta de 1535 a Pedro Merbelio, son Pedro Bembo, Jaime Sadoletto y Andrés Alciato.

Sin embargo, Nosópono por su parte, aceptaba al francés Christophe Longueil que conocía a Cicerón como ninguno. Erasmo, medio en broma y medio en serio, expone su opinión contra la de muchos que admiraban a este Longueil como el más genuino ciceroniano. La crítica del roterodamo es caballerosa en la forma, pero demoledora en su sustancia. El comentario que Buléforo tiene de este cirenoniano es equilibrado, atribuyéndole erudición e ingenio agudo y copioso en la invención, una manifiesta abundancia de estilo y una gran habilidad en el arte de presentar argumentos⁴⁴: *Longueil dio a luz epístolas en verdad elegantísimas y primorosamente trabajadas, lo confieso*. Más que intercalar o copiar la elegancia de Cicerón, el punto es que no tienen argumento, sino sólo estilo, escritas como si el tiempo se hubiese detenido, redactadas sin propósito alguno⁴⁵. Faltaba la sinceridad en el fondo de la carta. Erasmo cree que las cartas de Cicerón sí tienen este ingrediente, y lo tienen porque esas epístolas fueron escritas en su circunstancia, responden a las necesidades verdaderas de su tiempo y de los asuntos que preocupaban. Imposible reproducir ese entorno, y por lo tanto, carece de sentido reproducir un latín que ya no es más. *Su imitación -dice Buléforo- resulta a veces ridícula y no alcanza jamás a dar una impresión de realidad*⁴⁶.

Posteriormente, Buléforo termina por admirar la proeza de Longueil en su empeño por depurar ciceronianamente el latín que se usaba en el siglo XVI. Pero se pregunta ¿Cuánto de Cicerón quedan en esas oraciones tan laboriosamente trabajadas? muy poco a decir verdad, porque en la Roma del Quinientos *no existen padres conscriptos, ni senado, ni la autoridad del pueblo, ni sufragio popular, ni magistrados... ni leyes, ni comicios, ni provincias, ni municipios, ni aliados, ni ciudadanos; en una palabra: Roma no es Roma. De la Roma contemporánea de Cicerón, no quedan sino ruinas, escombros, cicatrices y vestigios de pasada*

⁴³ *Ciceronem accipimus praelongo et exili fuisse collo. Goclenius et pulcre obeso, et adeo non longo, ut mentum pectori pene contiguum sit* (LB, 1014).

⁴⁴ *... in inventione rerum peracutus fuisse videtur et copiosus aliis in tractandis argumentis dexter ac felix* (LB, 1016).

⁴⁵ *Longolius edidit epistolas, sane quam elegantes ac feliciter elaboratas, fateor, sed argumento perquam humili* (LB, 1016).

⁴⁶ *sit ut interdum inepta sit ac frigeat imitatio* (LB, 1016)

⁴⁷ *nec Patres Conscripti sunt hodie, nec Senatus, nec populi auctoritas, nec tributum sufragia, nec magistratus qui soient esse, nec leges, nec comitia, nec actionum forma, nec provinciae, nec municipia, socii, cives: postremo Roma, Roma no est, nihil habens praeter ruinas ruderaque priscae calamitatis cicatrices ac vestigia* (LB, 1016).

*calamidades*⁴⁷. La culpa, pues, no estaba en el propio Longueil, sino que la razón residía en que los tiempos eran otros muy distintos.

Después de muerto Erasmo, la polémica continuó quizás más áspera aún, por cuanto los partidarios de Erasmo tomaron los argumentos que habían servido a éste para arremeter contra la imitación de Cicerón. Los ciceronianos siguieron defendiendo su causa como justa y digna, como puede apreciarse en el comentario que Esteban Dolet (1508-1546), embajador de Francia en Venecia, escribió de la voz *acrimonia*, en un vocabulario monumental de voces ciceronianas aparecido en 1538, cuando Erasmo ya no estaba. Allí Dolet volvió a defender enfervorizadamente la posición del más ciceroniano de los ciceronianos, Christophe Longueil, pero no contra Erasmo, a quien dice respetar por su erudición y sus valiosos trabajos y además porque ya no está para defenderse (aunque lo califica de *el más petulante y mal hablado que en el mundo ha sido*), sino contra los erasmistas que quedaban y que habían tomado bandera de lucha contra los ciceronianos. A estos partidarios de Erasmo, les califica de envidiosos y garruleros que habrían urdido contra él, por defender a Longueil, infamias nacidas a partir de monstruosas libaciones y estado de total beodez. Todo el comentario es pasional, aunque se ha propuesto, como él mismo Erasmo al que admiraba pero con el que discrepa, no entrar en la palestra a la polémica y conservar la paz que tanto le ha costado.

V

Finalmente, hay que concluir que con una inmodesta seguridad, propia del que piensa y sabe, Erasmo no encontraba ningún argumento contrario suficientemente poderoso que invalidara lo expuesto en el *Ciceronianus*. Pero, continuamente se quejaba en su correspondencia, de que era objeto de insultos, mentiras indecentes y denuestos furiosos, y que para tales contendores no tenía ánimo ni fuerzas, *no tengo pecho para combatir con tales ingenios ni me conviene*.

Es necesario agregar que el roterodamo ha ofrecido a lo largo de toda la obra las posibles causas que originan esta enfermedad pasional; ha expuesto sus síntomas y presentado diversos tratamientos. Después de todo, la medicina específica que sana a Nosópono, el esforzado candidato a ser ciceroniano, es el *logos*, que aparece traducida por los editores por *RATIO*, pero que Marcel Bataillon prefiere *discurso*. Genéricamente, se trata de las palabras, del valor terapéutico del lenguaje, esto es, del *verbo* para el ambiente de comienzos del Quinientos. Buléforo dice que *logos* es a la vez el nombre del médico y de la misma medicina: *Es el logos que me ha sanado con el logos*⁴⁸; se aclara esta enigmática palabra, cuando Hipólogo, el interlocutor atento que no desea enfermarse, la traduce así: *Es el verbo del médico del alma*⁴⁹.

⁴⁸ Es la traducción de Mesnard para una frase escrita en griego en el original: *et nomem et phamacum scies, o logos to logo mihi medicatus est* (LB, 1005).

⁴⁹ *Verissima praedicas psiques noses esin iatros logos sermo, vel ratio agrotantis mentis est me dicus* (LB, 1006).

El Ciceroniano no es de los diálogos más polémicos de Erasmo, pero es, de las obras escritas en su último decenio, a los 60 años (mayo, 1527), un verdadero anciano para la época, la que suscitó las reacciones más vivas, en particular por parte de algunos italianos. Sin embargo, no era un ataque despiadado e infamante contra el humanismo italiano, sino que, como parte constitutiva de la personalidad del roterodamo, se trató de una sátira con excelente buen gusto contra el estilo ciceroniano empleado como *adorno postizo*, comenta Marcel Bataillon, que tendía a desfigurar la autenticidad de una cultura tan amplia como la occidental, así como también desconocía la natural evolución de casi dos milenios de esta cultura, precisamente en un momento transicional en que ella se asomaba a la modernidad.

Erasmo le tocó estar en el centro de una política que se ha repetido posteriormente en otros momentos, cuando se ha reivindicado el valor de las humanidades en la enseñanza, y entre éstas, el de los estudios latinos y griegos. Una pedagogía renovada podría contribuir a presentar una utilidad que sobrepase la dimensión puramente estética del conocimiento de las lenguas clásicas, especialmente el latín. Y aunque su valía fuera nada más que estética, soy de opinión de que ésta se justifica por sí misma. Los historiadores, particularmente, saben cuán útil es la posesión de, por lo menos, algunos rudimentos de latín. Ello llevaría implícita la posibilidad de conservar a Virgilio, Lucrecio, Tácito, Cicerón. El impacto que en los latinistas provoca el estudio de la prosa ciceroniana, puede acarrear el peligro que da origen a este diálogo de Erasmo, este es, el de creer que la lengua latina, como todas, no ha llevado a costas una evolución irremediable imposible de desconocer. En este punto, me parece, debe situarse la posición siempre polémica de Erasmo, la de haber opinado contra la tendencia de un grupo de humanistas que cultivaba un ciceronismo oratorio, un verdadero cenáculo reverenciador de un latín que ya no era más. Desde este punto de vista, Erasmo representa una posición no ciertamente contraria, puesto que reconocía el estilo depurado y elegante de Cicerón, sino el deseo de poner al servicio de los nuevos tiempos un latín, por lo mismo, nuevo. Del mismo modo como en nuestro siglo XX, las cuestiones ideológicas han constituido el centro del debate político, las preocupaciones que dividían a los hombres a comienzos del mundo moderno eran las religiosas. El latín que propiciaba Erasmo, era un latín cristiano para tiempos cristianos, que podía y debía estar al servicio de la religión, especialmente para defender el cristianismo frente a Lutero. El estilo ciceroniano, que no podía cautivar más que a una élite en Italia, era un tópico sin público, ya que en Roma no se hablaba latín sino italiano. Haber usado la lengua latina para refutar a Lutero, hubiera sido un tema serio y grave, asegura Erasmo (*adversus Martinum Lutherum rem agit et seriam et gravem*, LB, 1018)

"Diálogo que lleva por título Ciceroniano, esto es, acerca de la mejor manera de hablar" (*Dialogus cui titulus ciceronianus, sive, de optimo dicendi genere*) pretendía hacer ver que la lengua de Marco Tulio y su estilo era pagano porque asimismo la época también lo era. Se constituye, pues, el famoso roterodamo en un precursor de lo que podría llamarse un latín moderno.